

A PROPOSITO DE «CATALUÑA VISTA DESDE FUERA» DE BALTASAR PORCEL

Comprendo muy bien el tono acorado, cordialmente agresivo, con que Porcel, el excelente escritor, periodista y dramaturgo, ha concebido su «Cataluña vista desde fuera», que acaba de editar Llibres de Sinera. El título, por lo demás, es equivoco: primero, porque Aranguren, Lain, Ruiz-Giménez, el historiador Vilar y el erudito Sansone —tres castellanos, un francés y un italiano, convocados para la redacción de esta especie de informe— manifiestan una disposición o un conocimiento de Cataluña que no corresponde, desgraciadamente, a la que pudiéramos calificar de actitud media ante el tema; segundo, porque todos ellos hablan estimulados por las preguntas de Baltasar Porcel, mallorquín, vecino de Barcelona e interlocutor profundamente afectado por el tema; y, tercero, porque el libro se cierra con el texto de una conferencia del propio Porcel, desafío documentado y entrañable a cuantos niegan la catalanidad o la reducen a un nacionalismo menor y anacrónico.

El libro, quizá intrínsecamente modesto, pero de una oportunidad que lo hace explosivo y necesario, tiene el valor de plantear, especialmente a través de la mesa redonda de Lain, Aranguren y Ruiz-Giménez —Porcel quiso contar con un cuarto hombre, por entonces ausente de Madrid: Dionisio Ridruejo—, el que pudiera considerarse, dentro de la vida española, nudo gordiano de la cuestión. Se trata de analizar en qué medida el reconocimiento de la personalidad catalana, adecuadamente reflejado en una serie de

nuevos instrumentos jurídicos y constitucionales, debería ser tomado por una «desmembración» de la unidad española; se trata de recordar los tiempos del Estatuto y reconsiderar un planteamiento según el cual el patriotismo español es incompatible con ciertas autonomías catalanas. La personalidad que otrora tuvieron Lain y el ministro Ruiz-Giménez —por la misma razón debió de querer contarse con Ridruejo—, y su posterior evolución, constituyen un elemento sablamente introducido a fin de incorporar una dimensión autocrítica al debate.

punto de partida estaría, pues, en esta cuestión: a la visión radicalmente unitaria de España —que Porcel llama castellana— correspondería, en efecto, la resistencia ante cualquier afirmación que pusiese esa unidad en peligro, tomándola por acto de rebelión; a la imagen de una España plural, que concilie la unidad del Estado con el respeto a las autonomías culturales y administrativas que emergen de la realidad social, corresponde un tratamiento absolutamente distinto y no por ello menos «patriótico». En todo caso, Porcel y sus colaboradores confirman un hecho que limita las posibilidades de elección: la «catalanidad», como fenómeno cultural, como tradición, como modo diferenciado de entender la vida, como lenguaje —y el lenguaje, como nos recuerda Porcel, es siempre la fuente y el resultado de una «imagen del mundo»—, existe. Con lo que la disyuntiva, la opción racional del español no catalán, se reduciría a aceptar lo existente o



LOS profesores Aranguren, Lain Entralgo y Ruiz-Giménez... "manifiestan una disposición o un conocimiento de Cataluña que no corresponden, desgraciadamente, a la que pudiéramos calificar de actitud media ante el tema".

a combatirlo, destruyéndolo o colonizándolo. Lo que no tiene sentido es negarlo.

Llegados a este punto, resulta claro que la coherencia con una serie de actitudes humanistas y sociales obliga a empezar por reconocer la existencia de esa realidad cultural, rechazando, al menos en principio, una serie de propuestas que, dentro y fuera de Cataluña, viven de las radicales conclusiones que atribuyen a ese reconocimiento. Aquí vendrá a estar la trascendencia fundamental del libro de Porcel: la petición de que el problema sea transterrado de sus planteamientos tradicionales y de la necesidad de un diálogo que permita crear una visión nueva de la pluralidad española y de los posibles instrumentos que armonicen y ordenen esa diversidad.

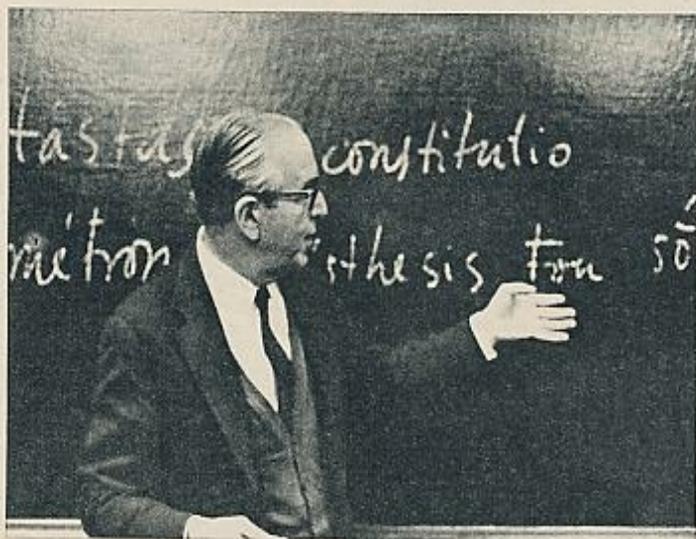
Pero, ¿es esto factible?, ¿para cuántos millones de españoles, incluida una parte de catalanes, no resulta esto una cortina de humo o una utopía?

Es curioso, por ejemplo, y esta es una de las preguntas que se hace Baltasar Porcel, que del 39 no surgiera ningún apoyo al catalanismo conservador que ayudó a los vencedores. Parece lógico que, para mejor combatir la imagen de una Cataluña izquierdista y separada, se hubiera exaltado —y sobran tradiciones políticas para hacerlo— la imagen opuesta de una Cataluña burguesa y patronal, ligada, por vínculos de historia y de comercio, a la paz y prosperidad de toda España. Pero, por lo visto, desde los enfoques tradicionales del proble-

ma, ni siquiera esto era posible, porque el catalanismo cultural —por tranquilizadora que quisiera ser su etiqueta política— era sinónimo de separatismo y aun de revolución proletaria.

A esta postura, «desde fuera», habría correspondido otra, «desde dentro», igualmente discutible. Si para los funcionarios que llenaron, en los cuarenta, los despachos catalanes de letreritos que decían: «Prohibido hablar otro idioma que no sea el del Imperio» —por entonces yo vivía en Gerona y pude ver muchos—, el hecho de hablar catalán en Cataluña era poco menos que un desafío, no es extraño que, al poco tiempo, más de uno creyese que era todo un héroe político por decir «Bon dia» en vez de «Buenos días». Con lo cual los errores heredados de los años anteriores —destruir o radicalizar las diferencias en vez de canalizarlas armónicamente—, se consolidaron y todos calmados en la falacia de dar a Cataluña, en tanto que entidad cultural, una absurda unicidad política. Si la derecha frenaba la expresión catalana, la falsa conclusión a que podía llegarse es que Cataluña era algo así como el emporio de la izquierda española. Conclusión a la que llegaron no sólo muchos de fuera, sino también muchos catalanes, que manipularon, a veces con evidente e interesada mala fe, la significación ideológica y carismática de la hermana lengua catalana. Como si les pesetes fueran más progresistas que las pesetas.

Posteriormente, por fortuna, el equivoco ha empezado a deshacer-



por José Monleón

se. La catalanidad es un hecho cultural previo a la diversidad ideológica que, naturalmente, ha de darse en su ámbito. Esto, que parece tan sencillo, es lo que todos los españoles —incluidos, claro está, los catalanes— hemos de aprender para abordar el problema bajo nuevos supuestos y situarlo en un plano político correcto. A esta «Cataluña vista desde fuera» —bien vista en el caso de los testimonios convocados por Porcel; mal vista, en general, según se desprende, suponiendo que no lo supiéramos, de esos testimonios de descargo— corresponde el debate sobre «Cataluña vista desde dentro» y aun el de «El resto de España visto desde Cataluña», planos todos ellos complementarios entre sí. Porque lo que vaclaría las justas peticiones de Porcel de todo sentido progresivo sería el que, aferrándose a nacionalismos decimonónicos y a clasismos pequeño-burgueses, el hombre catalán no considerase a su vez la problemática social y cultural —pensemos, simplemente, en la población «charnega», compuesta de mano de obra llegada de las más duras regiones hispánicas— que se derivan tanto de la estructura industrial de Cataluña como de sus relaciones históricas con el resto de España.

La conclusión última, totalmente aleccionadora, que se saca de este cálido libro de Baltasar Porcel es la necesidad de someter el tema a una serie de clarificaciones, a fin de rescatarlo de la dirección que, hasta ahora, antes y después del 36,

lo han puesto en una vía de dilemas radicales poco atentos a la complejidad del problema. Porque, a fin de cuentas, tan ridículo es que la literatura catalana no se estudie extensamente en el bachillerato y en la universidad españoles, que el catalán no sea un idioma liberado de cualquier traba política, como que en Cataluña, y especialmente en Barcelona, una minoría —en la que ciertamente no está ni Baltasar Porcel ni otros muchos— resuma sus posiciones en una suerte de idealismo idiomático. ¿Qué duros caminos no aguardan, por ejemplo, a una literatura o a un teatro catalanes que en vez, o además, de hacerse eco de ciertas arbitrariedades colectivamente padecidas, se planteen rigurosamente una autocrítica social? ¿Qué valor podríamos conceder a todos esos vodeviles de última categoría escritos en catalán y sostenidos por la burguesía catalana? ¿Qué comportamientos socialmente recuperables no se han enmascarado detrás del sentimiento de comunidad maltratada?

Un importantísimo y difícil trabajo democrático tendrá que ser hecho algún día a todos los niveles para que el «problema catalán», que es un problema español, salga de las que pudiéramos llamar actuales disyuntivas históricas. El libro de Porcel, lleno de orgullo y luminoso dolor catalanes, es una valiosa y primeriza aportación a esta exigencia. Tómense estas líneas como el resultado de una reflexión para llevar adelante las sugerencias de Baltasar Porcel.



LOS CANES DE PERICH

